

Colección:

"La Eucaristía, Luz y Vida del Nuevo Milenio"



9. La Eucaristía, Luz y Vida para los Adolescentes en el Nuevo Milenio



Foto: Eclisero Zacarias Covarrubias

Colección “La Eucaristía, Luz y Vida del Nuevo Milenio”

**9 LA EUCARISTÍA, LUZ Y VIDA PARA
LOS ADOLECENTES
EN EL NUEVO MILENIO**

Pbro. Ecliserio Zacarías Covarrubias

Diseño:
Creator, Agencia Católica de Publicidad.

Ediciones Católica de Guadalajara, S.A. de C.V.
Isla Flores 3344, Jardines de San José
C.P. 45085, Tlaquepaque, Jal.
Tel.: (0133) 3144-867273

Primera impresión:
octubre 2002

ISBN 968-5611-00-9

Derechos de impresión: Arquidiócesis de Guadalajara, A.R.
Impresión: Ediciones Católicas de Guadalajara, S.A. de C.V.
Impreso en México.

Adolescentes

ÍNDICE

SIGLAS

PRESENTACIÓN

1. **CONTEMPLAR LA BELLEZA ÚNICA DEL ROSTRO DE CRISTO**
2. **EDUCAR LA FE DEL ADOLESCENTE FRENTE A LOS RETOS DE LA POSTMODERNIDAD**
3. **A CRISTO, HIJO DE MARÍA, ¡VENID Y DORÉMOSLO!**

SIGLAS

CEC	<i>Catecismo de la Iglesia Católica</i> (11-X-1992).
DD	Juan Pablo II, Carta Apostólica <i>Dies Domini</i> (31-V-1998).
DV	Concilio Vaticano II, Constitución Dogmática <i>Dei Verbum</i> (18-XI-1965).
IGMR	<i>Institución General del Misal Romano</i> (22-III-2002, 3ª. edición).
NMI	Juan Pablo II, Carta Apostólica <i>Novo Millennio Inuente</i> (6-I-2001).
RH	Juan Pablo II, Carta Encíclica <i>Redemptor Homnis</i> (4-III-1979).
RM	Juan Pablo II, Carta Encíclica <i>Redemptoris Missio</i> (7-XII-1990).
SC	Concilio Vaticano II, Constitución <i>Sacrosanctum Concilium</i> (4-XII-1963).
TMA	Juan Pablo II, Carta Apostólica <i>Tertio Millennio Adveniente</i> (10-XI-1994).

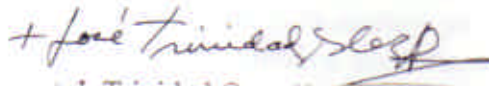
PRESENTACIÓN

Se nos ha convocado a prepararnos al 48° Congreso Eucarístico Internacional, contemplando a Jesucristo, para que sea Él quien le dé sentido a nuestra vida. La contemplación es una mirada profunda para ver la luz de la Palabra y el Pan de vida, que es Jesucristo, quien debe iluminar y alimentar la vida de los adolescentes, llamados a madurar como personas y como creyentes.

Conocer a Cristo debe ser el objetivo de toda vida cristiana. Y el único modo de conocerlo es contemplarlo, que no significa tener visiones, sino entenderlo y reconocerlo presente en nuestras vidas. San Juan Bautista decía en el desierto: «*En medio de ustedes está uno a quien no conocen*» (Jn 1, 26).

Guiados por el Texto Base, del Congreso, *La Eucaristía, Luz y Vida del Nuevo Milenio*, desde la Pastoral de Adolescentes, se ha preparado una temática en las líneas contemplativa y catequética. Los destinatarios son los mismos adolescentes y sus catequistas, para que juntos lleguen a valorar la presencia del Señor Jesús en la Eucaristía.

Estas catequesis son reflexiones que nos ayudarán a centrarnos en el Sacramento que es fuente y cumbre de la vida cristiana, donde los adolescentes pueden encontrarse realmente con Jesús, a quien descubrirán mediante un proceso contemplativo como el Amigo que se entrega como alimento y permanece en el sacramento del altar.



+ J. Trinidad González Rodríguez,
Obispo Auxiliar de Guadalajara.
Presidente de la Comisión
Teológica y de Impresos para el
48° Congreso Eucarístico Internacional.

1. CONTEMPLAR LA BELLEZA ÚNICA DEL ROSTRO DE CRISTO

1.1. JESÚS NOS INVITA A CONTEMPLARLO

El hombre está dejando de ser lo que es, porque se está identificando con lo que no es. Es la hora de contemplar el rostro de Cristo, para que los rostros humanos recuperen su identidad y encuentren su vocación.

¿Por qué es importante contemplar a Cristo?

1.1.1. MEDITAR: JN 1, 35-46

- «**Maestro, ¿dónde vives?**» Es la pregunta que brota del corazón de alguien que busca su camino, el sentido de su vida, su razón de vivir.
- «**¡Vengan y lo verán!**» Era la invitación de Jesús a los posibles discípulos que querían saber, más de cerca, dónde y cómo vivía. Si queremos conocerlo más íntimamente, debemos vivir la experiencia personal de contemplarlo, con una mirada larga y penetrante, hasta llegar al espacio sagrado en que Dios está, y verlo por uno mismo.
- «**Y se quedaron con Él**». El objetivo de la contemplación es que se logre un encuentro con la persona de Jesús, creciendo en su amistad, hasta llegar al auténtico conocimiento interior de Cristo, que es lo que realmente cambia nuestras vidas.
- «**Hemos encontrado al Mesías**». En esta expresión vemos reflejado el rostro humano de Dios, el que Andrés contempló en Jesús cuando se quedó todo un día con Él; contemplación que luego comunicó a su hermano Simón Pedro. ¡Ésta es precisamente la tarea de la Iglesia!: reflejar la luz de Cristo en cada época de la historia y hacer resplandecer también su rostro ante las generaciones del nuevo milenio. Pero no podremos cumplir con tal cometido si no somos los primeros contempladores del rostro de Cristo (cfr. NMI, 16).
- «**Ése del que escribió Moisés en la ley, y también los profetas, lo hemos encontrado**». El Concilio Vaticano II nos enseña que «la contemplación del rostro de Cristo se centra sobre todo en lo que de Él dice la Sagrada Escritura». San Jerónimo afirma: «Ignorar las Escrituras es ignorar a Cristo mismo» (DV, 25). El encuentro con la persona de Jesús no sólo nos lleva a conocerlo íntimamente, también transforma nuestra existencia.
La vida de los discípulos fue otra, totalmente nueva, desde que vivieron con Jesús una experiencia de encuentro y contemplación: comprometieron sus vidas con Él.

1.1.2. DESDE LA REALIDAD DEL ADOLESCENTE

El adolescente está llamado a alcanzar su identidad y autenticidad, así como su verdadera intimidad consigo mismo y con otras personas. Es un ser en crecimiento; vive la etapa en que surgen la amistad, la necesidad de ser valorado y la de sentirse útil; la búsqueda de sentido e identidad, de ir elaborando una escala de valores, de descubrir a Cristo como un amigo, a quien poco a poco irá aprendiendo a contemplar. Es en la adolescencia cuando puede darse realmente el encuentro personal con Cristo, la entrega íntima, generosa e incondicional al «Amigo por excelencia».

1.1.3. MOTIVACIÓN PASTORAL

¿Qué hacer para no relegar pastoralmente a los adolescentes y poder integrarlos a una mejor participación y aprovechamiento del Congreso Eucarístico?

Convencidos de que Jesús responde a todos los anhelos del hombre, ¿qué medios prácticos podemos proponerles para que, desde su realidad, sean contempladores del rostro de Cristo? Se trata de una contemplación como discípulos y no como investigadores.

1.2. CONTEMPLAR LOS MISTERIOS DE CRISTO

1.2.1. DE LA ENCARNACIÓN A LA EUCARISTÍA

El hombre moderno ha perdido la experiencia del misterio de Cristo. Mira demasiado al cielo en busca de *ovnis* e ignora al Dios «que por nosotros los hombres y por nuestra salvación, bajó del Cielo».

Las entrañas de Dios están reflejadas en Cristo; MEDITEMOS: GA 4, 4-5.

El amor de Dios lo contemplamos en su Hijo, desde los pañales de su Navidad (cfr. Lc 2, 7) hasta el vinagre de su pasión (cfr. Mt 27, 48) y el sudario de su resurrección (cfr. Jn 20, 7).

El cristianismo comienza con la Encarnación del Verbo. La Iglesia llama «Encarnación» al hecho de que el Hijo de Dios haya asumido una naturaleza humana para llevar a cabo, por ella, nuestra salvación. Él se hizo verdaderamente hombre sin dejar de ser verdaderamente Dios. Jesucristo es verdadero Dios y verdadero hombre (cfr. CEC, 456-464).

Desde el primer instante de su vida terrenal en el vientre de María, Jesús se ofreció totalmente al Padre para salvación del mundo, aunque la cima de esa oblación es la cruz, y su fruto, la resurrección. *«Todo lo que Jesús hizo y enseñó desde el principio hasta el día en que... fue llevado al Cielo»* (Hch 1, 1-2), hay que verlo a la luz de los misterios de Navidad y de Pascua (CEC, 512). La Encarnación del verbo no es pura apariencia, sino una realidad viva, como lo es también la Eucaristía: no una apariencia, sino la verdadera carne de Jesús.

El Verbo se encarnó para salvarnos, reconciliándonos con Dios: «*En esto se manifestó el amor que Dios nos tiene: en que Dios envió al mundo a su Hijo único para que vivamos por medio de Él*» (1Jn 4, 9). «Dios viene en persona a hablar a los hombres (...) buscando al hombre a través de su Hijo» (TMA, 6-7). «En Cristo y por Cristo, Dios se ha revelado plenamente a la humanidad y se ha acercado definitivamente a ella» (RH, 11).

Hemos celebrado los dos mil años del misterio de la Encarnación, en un Año Santo intensamente eucarístico. La Eucaristía nos permite comprender y acoger más concretamente el significado y el valor de la Encarnación. En el seno de la Virgen María, Jesús asumió el cuerpo que luego había de ofrecer en sacrificio al Padre. Por eso, toda Celebración Eucarística, que es el memorial del sacrificio de la Cruz, hace referencia intrínsecamente al misterio de la Encarnación (cfr. TMA, 55).

En nuestra profesión de fe, proclamamos: «Por nosotros los hombres y por nuestra salvación bajó del Cielo, y por obra del Espíritu Santo se encarnó en María la Virgen y se hizo hombre». La Encarnación no es una gracia personal y exclusiva de María, sino que es una gracia hecha, en ella, a toda la humanidad. La Encarnación es algo que nos une a todos con Dios, en la Virgen María. «*El Hijo de Dios me amó y se entregó a sí mismo por mí*» (Ga 2, 20).

1.2.2. DESDE LA REALIDAD DEL ADOLESCENTE

Cuando se llega a la adolescencia se nota poco contacto con la Iglesia; se abandona la catequesis y se cuestionan las prácticas religiosas. Si ignoramos los misterios de Cristo, no crecemos en la fe. Un ejemplo claro es la forma en que celebramos la Navidad y la Semana Santa, ocasiones en que sobresalen el consumismo y la diversión.

1.2.3. MOTIVACIÓN PASTORAL

Si los adolescentes vienen de una fe heredada y muy poco interiorizada, ¿cómo comprometerlos para que sientan la necesidad de catequizarse, de volver a la escuela de la fe?

¿Tomamos conciencia de nuestras responsabilidades, al contemplar los misterios de Cristo?

¿Cómo actualizamos la Encarnación y la Eucaristía en nuestros ambientes? No hay Encarnación donde no hay compromiso, donde no hay una síntesis entre fe y vida.

1.3. CONTEMPLAR LA MESA DE LA PALABRA

Para comprender qué es la Palabra de Dios, resulta revelador el episodio del centurión (cfr. Mt 8, 5-13). Jesús se dispuso a ir a casa del centurión, pero éste, convencido del poder del Señor, comparó la palabra humana de un superior con la Palabra de Jesús: «*Di una sola palabra y mi criado quedará sano*». Si la palabra humana es capaz de obtener resultados, cuánto más la Palabra de Cristo, en la que descubrimos el poder de Dios.

1.3.1. CRISTO: PALABRA QUE ALIMENTA

«La Palabra que estaba junto a Dios, la Palabra que era Dios... Se hizo carne y habitó entre nosotros» (Jn 1, 1.14).

En el Evangelio de San Juan, advertimos que la palabra *carne* tiene significado eucarístico. *«Mi carne es verdadera comida y mi sangre verdadera bebida»* (Jn 6, 52-56). La Palabra que se encarna se llama Jesús de Nazaret, y contiene el proyecto de Dios. Nosotros somos los destinatarios, *«para que tengamos vida y vida abundante»* (Jn 10, 10). Por algo nos hizo la promesa firme de permanecer con nosotros hasta el fin del mundo (cfr. Mt 28, 20).

San Juan contempla a Jesús como el Hijo de Dios, en una triple peregrinación desde el Padre al mundo, por el mundo, y del mundo hacia el Padre. Todo cuanto necesitan los hombres para una vida plena lo encuentran en Jesús: pan, agua, luz, vid, pastor... camino, verdad y vida.

En la Sagrada Escritura, la Iglesia encuentra sin cesar su alimento y su fuerza (cfr. DV, 24), porque en ella no recibe solamente una palabra humana, sino lo que es realmente: la Palabra de Dios (cfr. 1Ts 2, 13), que nos revela el misterio de Cristo y su salvación, lo que es para nosotros, lo que nos ofrece, lo que nos exige. *«No sólo de pan vive el hombre, sino de toda palabra que sale de la boca de Dios»* (Mt 4, 4).

El Concilio Vaticano II resalta la importancia de la Palabra de Dios.

«La Iglesia siempre ha venerado la Sagrada Escritura como lo ha hecho con el cuerpo de Cristo, pues sobre todo en la Sagrada Liturgia, nunca ha cesado de tomar y repartir a sus fieles el pan de vida que ofrece la mesa de la Palabra de Dios y del Cuerpo de Cristo» (DV, 57).

Es el mismo Cristo quien se da como «pan de vida» en la Eucaristía y en la Palabra. Comulgamos con el Pan, asimilando la Palabra. Seguir a Cristo es comulgar con las Escrituras y ser escritura viviente:

«Son una carta de Cristo, redactada por ministerio nuestro, escrita no con tinta, sino con el Espíritu de Dios vivo; no en tablas de piedra, sino en las tablas de carne del corazón» (2Co 3, 3).

La Palabra de Dios es lámpara para nuestros pasos, luz que nos permite interpretar los signos de los tiempos y vivir los acontecimientos de la historia. Sin ella, no sabríamos por dónde caminar ni a dónde dirigirnos; no tendríamos nada que aportar a los demás; seríamos «ciegos que guían a otros ciegos» (Mt 15, 14).

1.3.2. DESDE LA REALIDAD DEL ADOLESCENTE

La palabra es el modo más ordinario para comunicarnos. Por ella, las personas llegamos al encuentro. La mayoría de los adolescentes tiene poco contacto con la Palabra de Dios. Esto es grave. Significa desconocer a Cristo, vivir al margen de la voluntad de Dios. La gran

tragedia sigue siendo que *«vino a su propia casa y los suyos no lo recibieron»* (Jn 1, 11). ¿Cuántas palabras malas estarán recibiendo y haciéndolas vida los adolescentes?

El adolescente se queja con frecuencia de que casi no se le escucha cuando quiere expresar lo que siente, piensa y desea; lo que hace. Desde esta experiencia, hay que proponerle que sea más contemplativo con la Palabra, donde Dios nos revela su grandeza y belleza. Urge hacer nuestro el proyecto que tuvo Dios al crearnos: «Ser hijos de Dios».

1.3.3. MOTIVACIÓN PASTORAL

Impulsar la evangelización integral de los adolescentes, fomentando en ellos el conocimiento de la Palabra de Dios y promoviendo una mejor participación en la Mesa de la Palabra.

Concienciar, para que no se busque la Sagrada Comunión sin referencia a la Liturgia de la Palabra.

1.4. DIOS NOS HABLA EN SU HIJO

Todos los hombres son destinatarios de la Palabra viva de Dios. *«Mi madre y mis hermanos son aquellos que escuchan la Palabra de Dios y la cumplen»* (Lc 8, 21).

El Dios verdadero, el Dios vivo de la revelación bíblica, habla a su pueblo y en eso se distingue de los falsos dioses, de los «ídolos mudos» (1Co 12, 2), que *«tienen boca y no hablan»* (Sal 115, 5). Él es un Dios que sale al encuentro del hombre y se le manifiesta de múltiples modos, para entablar un diálogo familiar y de salvación con él.

Así lo contempló el autor de la Carta a los Hebreos: *«En múltiples ocasiones y de muchas maneras habló Dios en el tiempo pasado a nuestros padres por los profetas. Ahora, en esta etapa final, nos ha hablado por el Hijo»* (Heb 1, 1-2). Con Jesús de Nazaret, alcanza su plenitud la historia de la salvación; Él es la Palabra encarnada, el Hijo que reveló a Dios como Padre: *«Nadie conoce al Hijo sino el Padre, y nadie conoce al Padre sino el Hijo, y aquel a quien el Hijo se lo quiera revelar»* (Mt 11, 27).

Cristo no es un difunto. Él habla en las Escrituras. Se hace presente en la proclamación de la Palabra de Dios, en la asamblea litúrgica. «Cuando se leen en la Iglesia las Sagradas Escrituras, Dios mismo habla a su pueblo, y Cristo, presente en su Palabra, anuncia el Evangelio» (IGMR, 9). El Espíritu Santo tiene la misión de ir recordando las enseñanzas de Jesús y de cambiar a todos hacia la verdad completa (cfr. Jn 14, 15-24).

«La Iglesia siempre tiene necesidad de ser evangelizadora, si quiere conservar su frescor, su impulso y su fuerza para anunciar el Evangelio» (EN, 15). Tiene que alimentarse constantemente de la Palabra de vida; si ha de anunciar a Cristo, tiene que encontrarse con Él y contemplarlo en el Evangelio. Como el Apóstol Pedro, la Iglesia dice a su Señor: *«¿A quién iremos? Tú tienes palabras de vida eterna»* (Jn 6, 68), y se reúne en torno a Él y se sienta a sus pies, como María la hermana de Martha (cfr. Lc 10, 39), para escucharlo sin prisas y dejarse impregnar de su espíritu y de su amor; del secreto del Reino, que es la salvación de los hombres.

Debemos prestar atención al Dios que sale amorosamente a nuestro encuentro (cfr. DV, 21) para señalarnos caminos de vida, decirnos cuánto nos quiere y qué podemos esperar de Él, y lo que quiere y espera de nosotros. Sin escucha, no hay conocimiento de

Dios, de sus planes ni de su forma de actuar. Tampoco se llega a conocer a Cristo, ni el misterio que encierra su persona, sin escucharlo.

La auténtica escucha supone la asimilación y la interiorización de la Palabra. La palabra escuchada se convierte en acción. Una audiencia de la Palabra, que no se traduzca en *obediencia*, no es escucha real sino fingida. Por eso, la Liturgia de la Palabra no es introducción, preámbulo, preparación o preludio, sino constitutivo esencial de esa Celebración Eucarística, en la que la comunidad cristiana hace memoria del Señor y actualiza su salvación.

1.4.1. DESDE LA REALIDAD DEL ADOLESCENTE

Nuestro mundo está inundado de palabrería, ha perdido la atención y la fe en las palabras. Las hemos vaciado de su verdad, su realidad y su fuerza. Hay demasiado ruido interno y externo... Esto nos afecta a todos. Nos dejamos fascinar por los mensajes del consumismo televisivo, sin hacer un discernimiento. La palabrería enajena; la Palabra de Dios transforma.

¿Vemos crecer en la Iglesia la escucha de la Palabra? El adolescente tiene que ser «oyente de la Palabra» (Hch 6, 7) para que lo ilumine y lo acompañe en su proceso de madurez como persona y como creyente.

Siendo la Liturgia «diálogo entre Dios y su pueblo», es normal que la primera palabra le corresponda a Él. ¿Escuchamos la Palabra divina acogiéndola con fe? Cuántas veces, en cambio, pretendemos ser escuchados por Aquel a quien no escuchamos...

1.4.2. MOTIVACIÓN PASTORAL

Fomentar más el conocimiento y aprecio por la Sagrada Escritura, en los adolescentes.

Enseñarlos a escuchar con veneración la Palabra de Dios, aplicándola a sus vidas y haciendo un compromiso.

Lograr mayor puntualidad como signo de respeto y aprecio a Dios, que nos habla en la Asamblea Litúrgica, y hacerles comprender que el estudio de la Biblia tiene que ser fuera de Misa, ya sea en lo personal o en grupo.

Recordar que quien proclama la Palabra de Dios, presta su voz al Señor, que se hace presente en ella. Motivarlos a prepararse y participar como lectores.

1.5. CONTEMPLAR LA MESA DE LA EUCARISTÍA

1.5.1. CRISTO: PAN QUE SE ENTREGA

«La mesa de la Palabra lleva naturalmente a la mesa del Pan Eucarístico»
(DD, 42).

Jesús, Hijo de Dios, no sólo se encarnó, sino que también se hace alimento y bebida para nosotros. Su Cuerpo entregado y su Sangre derramada no son la consecuencia de una

tragedia sangrienta, sino don y entrega personal: *«Nadie me quita la vida; Yo por mí mismo la doy»* (Jn 10, 18).

En cada Eucaristía se da un encuentro único, pero progresivo, con el mismo Cristo. Lo acogemos como Palabra viva del Padre y, luego, como Pan de salvación. Antes de comulgar con Cristo Eucaristía, hemos de comulgar con Cristo Palabra.

La Santa Misa es Liturgia de la Palabra y Liturgia Eucarística; una y otra forman parte integrante y esencial de la Celebración en la que estamos llamados a recibir un doble pan, o un mismo pan en dos formas distintas: el pan de la Palabra y el pan de la Eucaristía. Son dos partes distintas y perfectamente diferenciadas, pero inseparables (cfr. SC, 56).

En la Eucaristía, celebramos la muerte y resurrección –el misterio pascual– del Señor, pero lo hacemos repitiendo los gestos y palabras de Jesús en la Última Cena.

Jesús reparte el pan a sus discípulos y los invita a comerlo; *«tomad y comed»*, y añade estas palabras decisivas: *«Esto es mi cuerpo, que será entregado por vosotros»* (Lc 22, 19): la suya es una vida que se entrega y se desvive; que no existe para sí misma sino para los demás. Es una vida que se da hasta la última gota de sangre, derramada por la remisión de los pecados.

En ese pan que parte y reparte a los suyos, la víspera de su muerte, Jesús se está dando a sí mismo como alimento, para que vivan en su misma vida, la que Él recibe del Padre, vida eterna, y formen en Él un solo cuerpo. En la Eucaristía, se hace actual y presente la entrega de sí mismo como consecuencia de amar hasta el extremo. *«No hay amor más grande que dar la vida por los amigos»* (Jn 15, 13).

Cuando Jesús dice a sus Apóstoles *«haced esto en memoria mía»* (Lc 22, 19), no los está invitando simplemente a repetir un gesto ritual con el pan y el vino, sino a revivir existencialmente todo el significado de su vida de autodonación, hasta la autoentrega suprema de su vida en la cruz. *«Yo he venido para que tengan vida, y vida en abundancia»* (Jn 10, 10).

1.5.2. DESDE LA REALIDAD DEL ADOLESCENTE

A pesar de la abundancia del Pan eucarístico, las filas de peregrinos hacia el Sacramento del altar, no son suficientemente concurridas.

Muchos adolescentes que, cuando niños, se prepararon con entusiasmo para su Primera Comunión, se están marginando del Pan de Vida. ¿Por qué? ¿Cuál es su responsabilidad y cuál es la nuestra?

1.5.3. MOTIVACIÓN PASTORAL

Centrar a los adolescentes en el lema del Congreso Eucarístico, presentando la Eucaristía como pan de vida y luz del mundo, alimento para una vida que promete mucho, como es la del adolescente.

1.6. JESÚS: ANFITRIÓN Y COMIDA DEL BANQUETE DEL REINO

El Reino de Dios fue el centro de la vida y la misión de Jesús. Él dio cabida al banquete en su predicación y sus parábolas; pero se la dio, sobre todo, en su vida;

Adolescentes

compartió mesa con las gentes más diversas y muy especialmente con los pecadores, los publicanos, los marginados. Los fariseos decían: «*Éste acoge a los pecadores y come con ellos*» (Lc 15, 2). Admitiendo a pecadores y marginados en la mesa, Jesús les ofrece salvación y perdón: «No necesitan médico los sanos, sino los enfermos. No he venido a llamar a los justos, sino a los pecadores» (Mc 2, 17). Por eso, reaccionan violentamente los fariseos.

En la multiplicación de los panes, que es referida por los cuatro evangelistas, el significado fundamental que contiene el relato es el de la abundancia de los dones de Jesús; el punto central no es tanto el «milagro», cuanto la admirable abundancia que se da cuando Jesús invita a la mesa (cfr. Jn 6, 1-14).

El pan multiplicado es importante porque quita el hambre corporal, pero sobre todo, porque es signo revelador del que lo da, y ayuda a descubrirlo como el verdadero pan del Cielo, el verdadero pan de Dios, que da la vida al mundo. Cuando la gente volvió buscando más comida, Jesús les dijo: «Obren, no por el alimento perecedero, sino por el alimento que permanece para la vida eterna» (Jn 6, 25-27).

Jesús afirmó con claridad, en el discurso de la sinagoga de Cafarnaún, que nos daría a comer su carne y a beber su sangre, y con esta afirmación provocó el escándalo y la fuga de algunos de sus discípulos: «Es duro este lenguaje, ¿quién puede escucharlo?» (Jn 6, 60). La muchedumbre alimentada por Jesús fue un signo de cómo alimentaría a los creyentes de todos los tiempos con la Eucaristía.

En la Última Cena, banquete final de su vida, Jesús instituye la Eucaristía, como memorial de su muerte y resurrección. Cuando los cristianos la celebramos, el motivo central de nuestra acción de gracias y objeto principal de nuestro recuerdo, no es ya la liberación de Egipto, sino esa muerte y resurrección de Jesús, que se hacen presentes para llenarnos de su fuerza salvadora, en espera de la plenitud del Reino, que Él inauguró.

Jesús relaciona los banquetes de su vida pública con la Última Cena y el banquete escatológico del Reino: «Cuánto he deseado comer esta Pascua con ustedes, antes de padecer. Porque les digo que no la comeré hasta que tenga su realización en el Reino de Dios» (Lc 22, 15-16).

La Eucaristía es el nuevo banquete pascual, «memorial» de la Pascua de Cristo; es decir, de la obra de salvación realizada por su vida, muerte y resurrección; obra que se hace presente por la Celebración Litúrgica, donde Él es el anfitrión y, a la vez, el alimento.

1.6.1. DESDE LA REALIDAD DEL ADOLESCENTE

Cuando hacemos la Primera Comunión, se nota un gran interés por reconciliarnos y comulgar. Pero cuando transitamos a la adolescencia, disminuye esa inquietud. Esto puede tener raíces en los hábitos familiares, cuando se asiste a Misa sólo «para oír» y no para *participar* plenamente, comulgando el Cuerpo y la Sangre de Cristo.

1.6.2. MOTIVACIÓN PASTORAL

Hacernos más conscientes de que es Jesús quien nos invita a su banquete pascual, promoviendo una mejor preparación para la recepción de su Cuerpo y Sangre en la Eucaristía.

2. EDUCAR LA FE DEL ADOLESCENTE FRENTE A LOS RETOS DE LA POSTMODERNIDAD

2.1. EL SACRAMENTO DE NUESTRA FE

La Eucaristía es el centro y cumbre de la vida cristiana; todo gira en torno a ella. El tema de la fe está íntimamente relacionado con la vida eucarística.

El alimento verdadero de la fe, es la Carne y la Sangre de Cristo, «Pan de Dios». meditemos: jn 6, 28-35.

Una pequeña Hostia consagrada, un poco de especies de pan, cuando se contempla con fe, es fuente de inspiración de artistas, de testimonio en las procesiones de pueblos y ciudades; de alegría y fortaleza, en las circunstancias que marcan la vida de personas y familias.

Es tarea de todo bautizado dar a conocer su fe, por medio de la palabra y de las obras. *Nuestras actitudes manifiestan la fe que tenemos en Jesucristo.* «Sin fe es imposible agradar a Dios» (Heb 11, 6). Sin fe no podemos celebrar la Eucaristía; hay que creer contra lo que dicen los sentidos. Para el tacto, el ojo y el gusto, después de la consagración, hay solamente pan y vino sobre el altar... Pero para quien tiene fe, son el cuerpo y la sangre de Cristo.

Como nadie puede acercarse a Jesús sin la fe, don de Dios Padre, tampoco podrá entrar nadie en comunión con el Pan de Vida si no acepta, mediante la fe, el don que Él hace a sus discípulos. Acoge plenamente a Jesús en la fe, quien escucha y vive sus palabras, y participa plenamente de la gracia de la Eucaristía.

Al terminar la consagración, el sacerdote dice: «Éste es el Sacramento de nuestra fe». Es una invitación a la fe que recibimos en la Mesa de la Palabra, y ahora debemos testimoniar con la recepción de su Cuerpo y su Sangre.

MEDITEMOS: JN 6, 47-69.

En la sinagoga de Cafarnaúm, Jesús reveló su intención de dar su Carne como comida y su Sangre como bebida. Pero se encontró con la incredulidad de sus oyentes y muchos discípulos lo abandonaron. Luego preguntó a sus apóstoles: «¿También ustedes quieren irse?» La confesión de Pedro los animó a seguir firmes. Ir a Jesús es lo mismo que creer en Él.

La fe cristiana no puede ser mas que una fe eucarística. Pan que debe ser «comido» por la fe, Jesús es el alimento que da vida al mundo y satisface toda necesidad del hombre. Sólo quien ha creído puede recibir el Pan de Vida; sólo quien recibe este Pan puede creer y tener vida eterna. La fe da la vida.

La Eucaristía, como Sacramento de la fe, nos exige llevar una vida congruente, que cada día se parezca más a la de Él. «Arrepiéntanse y crean en el Evangelio» (Mc 1, 15); es decir, hagamos del Evangelio la norma de la vida, pues la fe sin obras es una fe muerta, una fe teórica que no sirve para nada, que no salva (cfr. Mt 5, 16; Col 5, 6). A este Banquete se entra con el vestido de la conversión y la fe.

2.1.1. DESDE LA REALIDAD DEL ADOLESCENTE

«*Cuando venga el Hijo del Hombre, ¿encontrará fe sobre la tierra?*» (Lc 18, 8). Esta frase expresa la situación de la Iglesia y de cada cristiano; de entonces y de ahora.

Cuando San Lucas escribió su Evangelio, los cristianos vivían desconcertados por las dificultades que tenían que vencer si querían seguir firmes en su fe.

La historia avanza, la cultura cambia... Todos tenemos conciencia de la nueva humanidad que se está gestando.

Nuestro mundo está cambiando radicalmente; son sacudidas sus estructuras, sus pensamientos, sus modos de ser y de obrar... Estamos sufriendo el impacto de profundas transformaciones sociales que influyen poderosamente en cada persona, siendo las nuevas generaciones las más vulnerables, de tal manera que la evangelización tiene que poseer características nuevas en su ardor, en sus métodos y en su expresión. De lo contrario, se corre el riesgo de no ser escuchados.

Los adolescentes están fascinados por la multiplicidad de ofertas que se les hacen en el terreno del ocio. En el ambiente secularizado en que se mueven, no tiene valor lo trascendente. Un signo es la incredulidad que se manifiesta negando a Dios o prescindiendo de Él, exaltando en cambio la autosuficiencia y viviendo sin los valores cristianos: constatamos que la fe se resquebraja en la cultura postmoderna.

2.1.2. MOTIVACIÓN PASTORAL

¿Estamos dando a los adolescentes la educación en la fe que necesitan?

¿Nuestra catequesis provoca una adhesión de la persona a la fe en Cristo?

¿Qué hacer para que el adolescente fomente desde la fe una vida eucarística?

¿Cómo superar el ateísmo práctico de grandes sectores que creen estar bien sin Dios, aunque se sigan definiendo como «creyentes»? ¿Hacemos sentir la necesidad de la conversión? ¿Promovemos la celebración de la Reconciliación?

2.2. CONTEMPLAR A CRISTO: HOMBRE DE ORACIÓN

Uno de los rasgos fundamentales de Jesucristo es la oración. Su vida fue una oración continua, un permanente diálogo con el Padre. Los discípulos, al verlo en oración, sintieron la necesidad de decirle: «*Enséñanos a orar*». Y Él les contestó: «*Orad así: Padre Nuestro...*» (Lc 11, 1-4).

2.2.1. JESÚS EN ORACIÓN

Jesucristo es el maestro de la oración: oraba por la noche (cfr. Lc 6, 12), de madrugada (cfr. Mc 1, 35), en las comidas (cfr. Mt 8, 6), en las sinagogas (cfr. Lc 4, 16), en el desierto (cfr. Mt 4, 1-10), en el monte (cfr. Lc 9, 28), en lugares solitarios (cfr. Mc 1, 35; Mt 6, 46), en el huerto de Getsemaní (cfr. Lc 22, 39)... Durante la oración se transformaba (cfr. Lc 9, 29)... Oraba en los momentos más importantes de su vida:

- San Lucas lo presenta «puesto en oración» (Lc 3, 21).
- En la curación del tartamudo sordo, Jesús, mirando al cielo, lanza un gemido y emite una palabra creadora: *εφφατά!*, que transforma la vida del enfermo (Mc 7, 34).
- Toma el pan en sus manos; levanta sus ojos al cielo y pronuncia la bendición; multiplica el pan y responde al hambre del pueblo (Mc 6, 41).
- Después del signo de la multiplicación de los panes y de despedir a la multitud, «*se fue al monte a orar*» (Mc 6, 46).
- Al regresar los 72 discípulos, a quienes envió a misión, hace con ellos evaluación y, lleno de gozo en el Espíritu, alaba al Padre por su plan de salvación y revelación (Lc 10, 21.55).
- Cuando le traen los niños para que los bendiga, los acoge con gusto y ora por ellos, imponiéndoles las manos (Mt 19, 13-15).
- Ante el sepulcro de Lázaro, levanta los ojos al cielo y bendice a su Padre, que siempre lo escucha (Jn 11, 41-42).
- Después de una jornada de trabajo, «*Jesús salió a un lugar solitario y allí se puso a orar*» (Mc 1, 35).
- Sintiendo cercana «la hora», ora ante el Padre y se confía a Él (Jn 12, 27-28). Jesús ora por Pedro, para que no desfallezca en su fe y pueda confirmar a sus hermanos (Lc 22, 32).
- Ya en la cruz, pide perdón por los que lo entregan, y ofrenda su vida confiadamente al Padre (Lc 23, 46).
- Sigue orando en el Cielo, intercediendo por nosotros (Heb 7, 25).
- La oración es motivada en Jesús y en el creyente por la presencia y la acción del Espíritu, único capaz de hacernos «*orar como conviene*» (Rm 8, 26).

2.2.2. LA ORACIÓN EUCARÍSTICA

La Eucaristía es el momento culminante de la Iglesia en oración. Aunque los miembros que participamos en la celebración seamos débiles y pecadores, la plegaria de la Iglesia continúa siendo la oración de una comunidad santa, cuya voz escucha el Padre siempre complacido, porque en ella contempla al Hijo de sus complacencias.

La Santa Misa es oración. ¿Cómo debe ser nuestra oración? Veamos en la plegaria eucarística el icono de toda oración.

2.2.2.1. ORACIÓN DIRIGIDA AL PADRE

«En verdad es justo y necesario darte gracias, Padre Santo». Dios Padre es la fuente de todo y todo vuelve a Él, por el Hijo, con la fuerza del Espíritu Santo.

2.2.2.2. ORACIÓN DE ACCIÓN DE GRACIAS

«En verdad es justo y necesario darte gracias». Aunque toda la plegaria sea una inmensa acción de gracias, una «Eucaristía», el agradecimiento a Dios se expresa particularmente en el Prefacio. La oración de acción de gracias es un buen indicador de la

calidad de nuestra oración, es decir, si sabemos convertir en ofrenda de acción de gracias todo acontecimiento, toda necesidad.

2.2.2.3. ORACIÓN EN LA QUE HACEMOS MEMORIA DE LAS OBRAS DEL SEÑOR

«Te alabamos, Padre Santo, porque eres grande y porque hiciste todas las cosas con sabiduría y amor». La oración de bendición es la respuesta del hombre a los dones de Dios: porque Dios bendice, el corazón del hombre puede bendecir, a su vez, a Aquel que es la fuente de toda bendición. Con frecuencia, brotará de nuestro interior la acción de gracias a Dios Padre, sobre todo por las maravillas realizadas en su Hijo.

2.2.2.4. ORACIÓN DE PETICIÓN PARA QUE DIOS PADRE ENVÍE SU ESPÍRITU (EPÍCLESIS)

«Santifica estos dones con la efusión de tu Espíritu, de manera que sean...» El Espíritu Santo que hizo posible que el Verbo se encarnara en María Santísima, es también el que transforma el pan y el vino en el Cuerpo y la Sangre del Señor. También en nuestra oración personal pediremos al Padre que nos envíe su Espíritu para que nos transforme, que nos convierta la fuerza de su amor.

2.2.2.5. ORACIÓN Y MEMORIA DE LA PASIÓN, MUERTE, RESURRECCIÓN, ASCENSIÓN Y RETORNO DEL SEÑOR (ANÁMNESIS)

| «Así pues, al celebrar ahora el memorial de la Muerte y Resurrección de tu Hijo...» En la vida cotidiana, en las luchas y alegrías, en las caídas y penas, vamos experimentando el Misterio Pascual, Misterio que, al igual que en la vida de Jesús, pasa por diferentes momentos: sufrimiento, soledad, traición... y hasta muerte. Pero no termina ahí: lo culminan la Resurrección y la Ascensión a los cielos. Es muy necesario recordarlo y vivirlo en las circunstancias de nuestra vida diaria y contemplar a Cristo resucitado y glorioso que antes «pasó» (*pascua*) por la Pasión y la Muerte.

2.2.2.6. ORACIÓN DE OFRECIMIENTO

«Te ofrecemos, Padre, el Pan de vida y el Cáliz de salvación...» Es el momento del ejercitar plenamente nuestro sacerdocio ministerial y común. Ofrecemos al Padre la Víctima que más le agrada, el Sacrificio de su Hijo, y, al mismo tiempo, nos ofrecemos todos nosotros, la Iglesia, con Él. Así, esta oración nos invita a transformar nuestra vida en un servicio a los demás.

2.2.2.7. ORACIÓN DE INTERCESIÓN

«Acuérdate, Señor, de tu Iglesia extendida por toda la tierra, y con el Papa, con nuestro Obispo...» La intercesión es una oración de petición. Hacemos de puente entre los hombres, nuestros hermanos, y Dios. Como bautizados, es responsabilidad nuestra hacer llegar al Padre, por medio de Jesucristo, la oración, la alabanza, las súplicas, las alegrías y penas, el gozo y el dolor de toda la humanidad.

2.2.2.8. ORACIÓN DOXOLÓGICA

«Por Cristo, con Él y en Él, a ti Dios Padre omnipotente...» Esta oración, con la que concluye la plegaria eucarística, encierra y compendia toda nuestra vida de oración. En la oración de alabanza, reconocemos de manera desinteresada que Dios es Dios,

*«del cual proceden todas las cosas y por el cual somos nosotros» (1Co 8, 6).
Por eso, «reciten entre ustedes salmos, himnos y cánticos inspirados; canten y salmodien en su corazón al Señor» (Ef 5, 19; Col 3, 6).*

2.3. DESDE NUESTRA REALIDAD

2.3.1. LA MENTALIDAD ACTUAL DIFICULTA LA ORACIÓN

- **Materialismo y tecnicismo.** Corremos el peligro de ser valorados exclusivamente a la luz de la eficacia material, de la producción y la rentabilidad. Estamos deslumbrados y aturridos por la civilización de la técnica y el consumismo, que explotan lo sensible, impidiendo la quietud interior y la capacidad para el encuentro con Dios, con los demás y consigo mismo.

A la luz de este ambiente, es evidente la dificultad para valorar y practicar la oración; se quieren ver efectos inmediatos y eficaces, y se le considera algo sin sentido.

- **Pragmatismo.** Esta actitud domina la mentalidad de gran parte de los jóvenes y adolescentes de hoy. Vale lo que es útil. Dios se convierte en objeto de interés y comercio; la oración se reduce a prácticas aisladas y se hace sólo en los momentos de necesidad. La oración de adoración, de acción de gracias, de alabanza y de contemplación, para ellos no tiene importancia. Se recurre a Dios por utilidad, y se le hacen promesas condicionadas.

Esta mentalidad pragmatista es una forma de incredulidad e idolatría. Nace de un desconocimiento de la paternidad de Dios, del sentido amoroso de nuestras relaciones familiares; incluye un concepto de culto desligado de todo **compromiso vital y un sentido puramente terrenal de la vida humana.**

- Hedonismo. Es la mentalidad actual que se traduce en valorarlo todo en orden a las sensaciones agradables o desagradables, y produce confusión:
 - Del querer con el sentir.
 - De la voluntad con las ganas.
 - Del deseo con el placer.
 - De los resultados con la satisfacción.
 - Del mérito con el éxito.
 - Del poder y la fama con la felicidad.

Al hedonismo se unen la falta de voluntad, la pereza, el apego a las cosas sensibles, a la rutina, etcétera.

2.3.2. ACTITUDES A EDUCAR

Debemos educarnos en el cultivo de algunas actitudes que hagan posible y necesaria nuestra oración.

- a) **Silencio:** necesitamos saber crear y vivir el silencio interior. Dios habla en el silencio, «clima» que permite escucharse y escuchar a Dios, para entrar en trato interpersonal con Él.
El silencio no es para «soportarlo», sino para que nos ayude a disponer nuestra persona en la oración. El silencio es el preámbulo de la oración. El silencio exterior es camino para llegar al silencio interior.
Sin silencio, sólo cumplimos con el rito exterior de oración, sin llegar a una vivencia de oración. El ruido interior es el que más estorba. Las piedras que más molestan para caminar no son las que hay en el camino, sino las que se han metido dentro del zapato. El silencio interior sabe a presencia y encuentro.
- b) **Sencillez:** la oración no es difícil, pues Jesús la pide. Sólo la valoran los sencillos, porque el Reino es de los pequeños y sencillos. Los calculadores y los autosuficientes, no la aprecian ni disfrutan.
Jesús alaba al publicano que dice muy pocas palabras en su oración, pero las siente de verdad. Dios sintoniza con quien abre su corazón. Pocas palabras y las necesarias al comunicarnos con Dios.
Hay que poner nuestra confianza en el amor de Dios; orar con sencillez no significa orar con superficialidad.
- c) **Gratitud:** no olvidar que la oración es una celebración festiva, gratuita, centrada más en la alabanza y en la contemplación que en la petición o en la utilidad práctica.
Tener sentido de gratuidad en la oración, es tener capacidad de admirarse ante lo bueno y hermoso que tiene la Creación y del plan salvífico de Dios.
La verdadera amistad tiene un clima gratuito, no utilitario.
- d) **La actitud corporal:** recuperar la expresividad corporal, para no perder la capacidad de expresarnos mediante signos.
Los pocos signos corpóreos van siendo menospreciados y abandonados (orar de pie, de rodillas, sentados, postrados), por no saber su significado. Estos elementos, comprendidos en su esencia, ayudan a la sintonía y a la comprensión afectiva –no sólo racional– de lo que se está celebrando.

2.3.3. PRINCIPALES DIFICULTADES EN LOS ADOLESCENTES Y JÓVENES PARA ORAR

2.3.3.1. DE ORDEN TEOLÓGICO

El problema del mal y el desorden en el mundo; de la injusticia, la desigualdad y la guerra, causa gran impacto en la concepción de Dios y sus relaciones con los hombres. Hoy se constata una pérdida de sensibilidad hacia lo que es trascendente, y una sensibilidad

mayor hacia lo inmediato y cotidiano. Ante la «divinización» del hombre, el adolescente reacciona con la excesiva «humanización» de Dios.

También aflora un pesimismo determinista, que cierra totalmente toda posibilidad de relación filial con Dios. Se piensa que los problemas y sufrimientos del hombre, son indiferentes para el Padre Celestial, y no vemos la responsabilidad personal en los acontecimientos de nuestra historia.

2.3.3.2. DE ORDEN PSICOLÓGICO

- «No se me ocurre nada, no sé qué decir en la oración». Tengamos en cuenta que el adolescente y el joven necesitan la expresión como desahogo de su mundo interior (graffiti, rebeldía, etcétera). Debemos ayudarlos para que aprendan a proyectar, en su encuentro con Cristo, los problemas concretos de su vida (estudio, familia, deportes, amistad, sufrimiento, afectividad, diversiones, etcétera). Jesús es el amigo con quien importa hablar de todas las cosas. Lo importante no es el tema de la oración, sino el «encuentro amistoso» de los amigos: ¿me interesa la amistad con Cristo? A veces no es necesario «hablar» para rezar; para orar basta con la presencia del corazón (arrepentido, gozoso, doloroso, necesitado). Quien verdaderamente nos dirige la palabra en la oración, es Dios. La Palabra de Dios deberá ser el punto de partida de la oración.
- «No siento nada», «no tiene sentido hablar con quien uno no ve, ni responde». Dios obra y responde, no con palabras o datos sensibles e inmediatos, sino por medio de dones que nos da en momentos oportunos, por medio de acontecimientos y coyunturas inadvertidas, que son frutos ligados a nuestra oración. La presencia de Dios en nuestra vida y en nuestra oración es muy íntima y activa; no es la presencia sensible de las personas que nos rodean, pero sí es una presencia eficaz y creadora. Este sentido de «presencia de Dios», es la fuente de nuestra vida interior.
- «Me aburro y me distraigo». El aburrimiento proviene de la repetición mecánica de fórmulas no asimiladas en sus conceptos; de la masificación e imposiciones, etcétera. Todo lo que aburre y distrae, tenemos que hacerlo objeto de encuentro con Dios; hablarle en ese momento de este interés o preocupación; de estos planes que tenemos entre manos. Lo importante es que el adolescente entre en contacto con Dios. Que llegue a descubrir el valor cristiano de nuestras actividades y problemas. De la Palabra de Dios y de nuestros problemas reales, nace la oración.
- «La oración es inútil, Dios no me escucha... Rezo y todo sigue igual». En esta aparente esterilidad de la oración, se originan la desconfianza, el alejamiento y la indiferencia. Sin embargo, el Evangelio nos enseña que

todo lo pedido «en nombre de Cristo» tiene respuesta positiva del Padre. El adolescente ha de convencerse de que la eficacia de la oración no se mide por los resultados instantáneos, sino por la transformación que la oración va haciendo en nosotros: una mayor unión con Cristo, una clarificación de nuestro ser «hijos de Dios».

2.3.4. MOTIVACIÓN PASTORAL

La gran tarea de la Iglesia es hacer despertar la necesidad de la oración, de valorar la vida interior, de presentar a Cristo como modelo de «persona orante». El Papa Juan Pablo II ha propuesto a las nuevas generaciones la tarea de ser «luz del mundo», «sal de la tierra» y «centinelas del mañana».

3. A CRISTO, HIJO DE MARÍA, ¡VENID Y ADORÉMOSLO!

3.1. LA ASAMBLEA EUCARÍSTICA

Nos dice el Papa Juan Pablo II: «Ha llegado el momento de dar primacía a la profundización cada vez más intensa en la Liturgia» (Aniversario SC Vat. II). Esto significa, sencillamente, hacer comprender y amar lo que celebramos, para «mirar» la Eucaristía desde la espiritualidad de la Liturgia.

La Asamblea que se ha reunido para celebrar la Eucaristía, es una expresión concreta de la realidad de la Iglesia. No se reúne sólo para «hacer» algo (cantar, orar, escuchar...), sino para hacer eficaz el misterio de la Iglesia como comunidad del Espíritu Santo, que celebra la presencia de su Señor, Jesús, y además expresa sacramentalmente la unidad de los fieles entre sí y con Cristo.

3.1.1. ¿A QUÉ VAMOS A MISA?

Nuestra participación en cada Eucaristía tiene que ir madurando. Lo primero que vemos cuando asistimos, a Misa es una comunidad reunida en Asamblea.

Donde quiera que los seres humanos celebran algo, se reúnen, hablan, comparten y se despiden. En la Eucaristía, estos cuatro elementos constituyen las cuatro partes del ritual: Ritos Iniciales, Liturgia de la Palabra, Liturgia Eucarística y Rito de Despedida.

Entrar en Asamblea litúrgica, formar parte de ella, es un don que se nos hace, pero también una tarea, algo que requiere el esfuerzo y la generosidad de todos.

3.1.2. SER PARTE DE LA ASAMBLEA

Hace muy poco tiempo todavía, el papel de los laicos en la Asamblea era básicamente estar físicamente presentes: si los fieles asistían a Misa, ya cumplían con su obligación. La responsabilidad de la Celebración era asunto completamente del Sacerdote celebrante.

La renovación de la Liturgia tiene como objetivo la participación completa, consciente y activa de todos los fieles en las Celebraciones Litúrgicas (SC, 14). El Concilio

Vaticano II insiste en que los pastores tienen «el deber de asegurarse de que los fieles tomen parte con plena conciencia de lo que están haciendo, siendo activos en los ritos, y enriquecidos por sus efectos» (SC, 11). Muchos de los que participan en la Misa, parece que no caen en la cuenta de la responsabilidad que tienen en el culto comunitario, sino que piensan que eso es responsabilidad de otros. Pero la Liturgia es el resultado de todos los miembros de la Asamblea; no es un acto aislado, sino una acción comunitaria que pide el compromiso activo de todos.

3.1.3. CRISTO ESTÁ PRESENTE EN LA ASAMBLEA

El Concilio Vaticano II, nos recuerda que Cristo está presente en la Eucaristía por lo menos de cuatro maneras diferentes: está presente en la Asamblea, *«porque donde están dos o tres reunidos en mi nombre, Yo estoy en medio de ellos»* (Mt 18, 20). Está presente en el Sacerdote que guía el culto de la Asamblea, pues cuando se proclama la Palabra de Dios en la Escritura y en la predicación, es Cristo quien habla. Y Cristo está presente en el Pan y el Vino que compartimos en el Banquete Eucarístico.

«Yo estoy con vosotros todos los días hasta el fin del mundo» (Mt 28, 20): esta promesa de Cristo sigue siendo escuchada en la Iglesia como secreto fecundo de su vida y fuente de su esperanza. Aunque el domingo es el día de la resurrección, no es sólo el recuerdo de un acontecimiento pasado, sino que es celebración de la presencia viva del Resucitado en medio de los suyos (cfr. DD, 31).

3.1.4. UNA ASAMBLEA QUE COMPARTE Y SIRVE

La Asamblea se reúne para compartir. Pan y vino sirven para invitar y comer juntos, para compartir. Son signos de fraternidad, la cual tiene como fundamento la comunión de todos con el Cuerpo y Sangre de Cristo.

Participar en la Eucaristía es estar dispuesto a compartir la vida y los bienes. Vivir la Eucaristía es hacerse siervo de los demás, vivir la vida como servicio. Jesús es nuestro mayor ejemplo, al lavar los pies de sus discípulos: *«¿Comprenden lo que he hecho con ustedes? Les he lavado los pies; también ustedes deben lavarse los pies unos a otros. Les he dado ejemplo, para que también ustedes hagan como yo he hecho con ustedes»* (Jn 13, 12-15).

3.1.5. DESDE LA REALIDAD DEL ADOLESCENTE

Las nuevas generaciones tienen algún grado de conocimiento de la presencia de Cristo bajo las especies de pan y vino; están participando en algunos servicios y ministerios litúrgicos, pero falta más formación en el compromiso que adquiere la Asamblea cuando celebra la Eucaristía: ser Asamblea, comunidad que comparte vida y bienes; servicio sincero en favor de los demás.

El adolescente es sensible a reunirse en grupo; esto favorece el trabajo en equipo. Tiende a aislarse del ambiente de los adultos. Durante la Misa, toma una actitud pasiva, razón por la que manifiesta aburrirse y, si está entre iguales, fácilmente se distrae y platica.

3.1.6. MOTIVACIÓN PASTORAL

Crear conciencia en los adolescentes de la realidad de la presencia de Dios, cuando dos o tres están reunidos en su nombre. Demostrar respeto a la presencia de Dios no sólo en su Palabra, en el Sacramento y en el sagrario, sino, también, reconociendo su presencia en los demás, en la Asamblea reunida.

Revalorar el culto que le damos a Dios, asumiendo nuestra responsabilidad personal y comunitaria; estudiar las partes de la Misa. ¿Cómo lograr una comunidad que comparte y sirve?

3.2. LA EXPERIENCIA DE MEAUX

El Nuevo Testamento se elaboró a la luz de la muerte y resurrección de Cristo. Al narrar el suceso de los discípulos de Emaús, San Lucas piensa en los creyentes de todos los tiempos y lugares.

MEDITEMOS: LC 24, 13-35. El camino de Emaús es la experiencia por la que el Señor Jesús, en persona, se hace compañero en el proceso de nuestra fe, para hablarnos al corazón, luego invitarnos a la Mesa Eucarística y enviarnos a cumplir la misión de anunciar el Evangelio.

La transformación de aquellos caminantes que «reconocieron a Jesús al partir el pan», se produjo mientras el Señor «les explicaba las Escrituras». La Palabra de Dios, anunciada por el Resucitado y comprendida bajo la luz del Espíritu Santo, convirtió aquel desconsolador viaje en un camino de esperanza.

Creer que Jesús está vivo, equivale a creer que es Él mismo quien habla en las Escrituras, proclamadas en las Asambleas de todos los tiempos. Si Jesús vive, su Palabra está también viva.

Los discípulos de Emaús estaban desesperados, porque en su mentalidad, deseaban seguir contando con la presencia temporal y visible de Cristo. Pero ahora, la nueva presencia del Resucitado no será física, sino mediante la Palabra y la Eucaristía.

Vivieron una extraordinaria liturgia, la explicación de las Escrituras. El encuentro con la Palabra, los preparó para «reconocer» al Señor, al partir el pan. También nosotros necesitamos las dos «mesas» para que nuestro encuentro con el Señor sea pleno.

Ellos sintieron cómo sus corazones comenzaban a arder, es decir, experimentaban la presencia del Resucitado, quien los ayudó a contemplar lo que hasta entonces no habían sido capaces de percibir.

La escucha de la Palabra nos lleva a la decisión de decirle a Jesús «*quédate con nosotros*», porque no podemos vivir sin las palabras que vienen de Dios. «*¿Qué tiene tu Palabra que hace arder mi corazón?*»

Jesús unió la fracción del pan a su enseñanza, y los discípulos «*abrieron los ojos y lo reconocieron*». Es una forma de decirnos que la Celebración Eucarística es el lugar privilegiado para descubrir su presencia. Se comulga con el Pan, asimilando la Palabra.

Los gestos de Jesús en la experiencia de Emaús son los mismos que Él hizo en la Última Cena, con una clara alusión a «la Fracción del Pan», como se llamaba a la Eucaristía en la primera generación cristiana (cfr. DD, 33).

3.2.1. DESDE LA REALIDAD DEL ADOLESCENTE

La vida es un camino en que aparecen las crisis que nos hunden en la desesperanza por las ilusiones perdidas y los problemas que a diario tenemos. ¿Confrontamos nuestra realidad con la Palabra de Dios? El adolescente está despertando a la vida, necesita un punto de apoyo para darle sentido a su historia. El camino vivido y enseñado por Jesús en Emaús, es la respuesta: la vivencia de la Palabra y la Eucaristía.

3.2.2. MOTIVACIÓN PASTORAL

¿Qué hacer para que el adolescente no prescindiera del «buen alimento» de la Mesa de la Palabra, tanto como de la Mesa de la Eucaristía? ¿Cómo superar esa expresión y actitud de «voy a Misa cuando me nace»?

Presentar la Eucaristía como una experiencia de encuentro con Jesús, que renueva la vida personal y edifica la comunidad.

3.3. MARÍA Y LA ASAMBLEA EUCARÍSTICA

No se puede entender el misterio de la Encarnación, sin el consentimiento de la Virgen María, verdadera Madre de Dios. Y no se puede pensar en el Pan bajado del cielo, sin recordar que el Verbo se hizo carne de la Virgen María, por obra del Espíritu Santo.

Aquella que en el designio del Padre apareció como verdadera Madre del Mesías, y estuvo presente en los momentos particularmente significativos de la acción mesiánica de Jesús, desde el Nacimiento hasta Pentecostés, no puede quedar al margen del Misterio Eucarístico, en el que Cristo se quedó para siempre con nosotros.

«La Santísima Virgen, sin quitar nada al papel central de Cristo y de su Espíritu, está presente en cada domingo de la Iglesia. Lo requiere el mismo misterio de Cristo: en efecto, ¿cómo podría ella, que es la Madre del Señor y Madre de la Iglesia, no estar presente, por un título especial, el día que es a la vez día del Señor y día de la Iglesia? Hacia la Virgen María miran los fieles que escuchan la Palabra proclamada en la Asamblea dominical, aprendiendo de ella a conservarla y meditarla en el propio corazón (cfr. Lc 2, 19). Con María, los fieles aprenden a estar a los pies de la cruz, para ofrecer al Padre el sacrificio de Cristo y unir al mismo el ofrecimiento de la propia vida» (DD, 86).

Es importante reconocer que la Iglesia no celebra nunca la Eucaristía, sin invocar la intercesión de la Madre del Señor (cfr. Mc 20). Siempre que nos reunimos en torno a la mesa de la Eucaristía, estamos unidos con María. Pedimos al Señor «que Él nos transforme en ofrenda permanente, para que gocemos de tu heredad, junto con tus elegidos: con María, la Virgen Madre de Dios...»

«La piedad del pueblo cristiano ha visto siempre un profundo vínculo entre la devoción a la Santísima Virgen y el culto a la Eucaristía: es un hecho de

relieve en la Liturgia tanto occidental como oriental... en la espiritualidad incluso juvenil... María guía a los fieles a la Eucaristía» (RM, 44).

La misión de María es guiarnos maternalmente a la Comunión Sacramental con Cristo. Recordemos siempre su valiosa exhortación evangelizadora: «*Hagan lo que Él les diga*». Ella nos conduce a cumplir el testamento Eucarístico de Jesús: «*Hagan esto en memoria mía*» (Lc 22, 19).

Desde la cruz, Jesús convirtió a su Madre en la madre del discípulo amado (cfr. Jn 19, 25-27), y así, la transformó en una figura que siempre honraríamos como preeminente en el discipulado. Donde están los discípulos de Jesús, ahí está presente María, sobre todo cuando celebramos el don precioso de la Eucaristía.

3.3.1. DESDE LA REALIDAD DEL ADOLESCENTE

El lugar destacado que damos a María en nuestra vida de creyentes, es mal interpretado por las sectas. La falta de catequesis impide comprender toda la grandeza y vocación de María, como Madre del Señor y Madre de la Iglesia.

Con frecuencia, los adolescentes externalizan sus inquietudes y dudas acerca de la religión, y todo lo cuestionan. La carencia de una sólida preparación sobre la devoción mariana los deja inermes ante el proselitismo sectario.

3.3.2. MOTIVACIÓN PASTORAL

Presentar a María como modelo de fe, la que confía en el poder de su Hijo, la que nos pide obediencia y docilidad: «*Hagan lo que Él les diga*» (Jn 2, 5).

Catequizar a los adolescentes para que puedan pasar de una devoción afectiva a María, a una devoción efectiva, valorando más su misión maternal e imitando sus virtudes.

¿Cómo llevar al adolescente por el camino del discipulado marcado por Cristo, en el que contemplamos a María como la primera y mejor discípula?